

Monterrey, N. L., 13 de Enero de 2004.

Versión estenográfica de las palabras pronunciadas por Luis Inazio Lula Da Silva, Presidente de Brasil, durante los trabajos de la Cumbre Extraordinaria de las Américas, efectuada en la Pinacoteca Centro de las Artes en esta ciudad.

Gracias, Presidente Fox, a quien agradezco por la hospitalidad, por el cariño con que nos trató ayer y también hoy.

Enfrentamos en este principio de milenio el desafío de actuar de manera creativa, urgente y responsable para garantizar el desarrollo social de nuestras naciones. Asumimos el firme compromiso del siglo XXI: el combate al hambre, a la pobreza y a la exclusión social.

Señores presidentes: cada vez es más grande el abismo que separa a ricos y pobres en nuestro Continente y en el mundo. Una exclusión secular que alcanzó una dimensión más grande en la década pasada, después de los años 80's; la así llamada década perdida, los años 90's significaron una década de desesperación, como concluyó el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

El ingreso per cápita es más bajo hoy que hace diez años en 54 países; en 34 países la expectativa de vida disminuyó; en 21 naciones hay más gente hambrienta y en 14 más niños mueren antes de los cinco años de edad.

En América Latina el número de gente en condiciones de extrema pobreza pasó de 48 millones para 57 millones; 26 por ciento de la población vive con menos de dos dólares por día. Hay 19 millones de desempleados y de cada diez nuevos empleos creados, siete son informales.

La falta de empleo afecta de forma particularmente perversa a mujeres, a negros, a indios y a jóvenes. El desempleo y la miseria crecieron de manera exponencial con efectos sociales y éticos gravísimos, entre ellos una asustadora desagregación familiar.

Más de 50 millones de personas, casi un tercio de la población brasileña padecía en el 2002 de cotidiana inseguridad alimentaria. Estas no son consecuencias secundarias y aleatorias de una política económica supuestamente sana y adecuada; se trata, eso sí, de un modelo perverso que separó equivocadamente lo económico de lo social, opuso estabilidad a crecimiento y divorció responsabilidad de justicia.

La estabilidad económica fue pensada de espaldas a la justicia social. Nos quedamos sin las dos. Con ello se comprometió la propia estabilidad política; la experiencia histórica muestra que el equilibrio económico es insostenible sin el equilibrio social y nuestros desafíos son articular la expansión y la eficacia productivas con distribución de ingresos y aunar responsabilidad fiscal con crecimiento sostenible. Con ello se obtienen reducción de desigualdades, rebasando las dicotomías nefastas de los años 90's.

Llegó el momento de rescatar y afirmar de una vez por todas la superioridad del interés colectivo y de la cosa pública en las Américas. Es rol del Estado en diálogo con la sociedad trazar políticas para reducir el foso entre opulencia y miseria.

Tenemos que trabajar con nuevo concepto de desarrollo, donde la distribución de ingresos no sea simple consecuencia del crecimiento, pero su palanca fundamental. Si queremos un mundo estable y seguro, tenemos que buscar un mundo más justo y equitativo.

La desigualdad social y la miseria son el principal obstáculo para nuestra adecuada participación en el mercado mundial.

Señores presidentes: en el 2003 dimos el primer paso de un amplio movimiento que no se agota en las emergencias del presente o de mi periodo presidencial; fundamos los cimientos para que el país crezca con justicia social; desencadenamos la lucha contra el hambre. Al final los hambrientos no pueden esperar.

El primer acto de mi gobierno fue la creación del Programa Hambre Cero, que un año después ya se hace presente en 2 mil 369 municipios; garantiza el derecho a alimentación a un millón 900 mil

familias, alrededor de 8 millones de personas que antes no tenían qué comer.

Son acciones para sembrar oportunidades de trabajo, de ingresos que refuerzan la seguridad alimentaria de las comunidades más pobres. La consolidación de ese eje contra el hambre permitió la unificación de los trabajos de transferencia de ingresos en un programa llamado Programa Beca Familia.

Este programa el 27 de octubre del 2003, del 27 de diciembre del 2003 ya alcanza 3 millones 600 mil familias, alrededor de 14 millones de personas aliviando las condiciones de escasez en las que viven, facilita el acceso a derechos universales como la educación, salud, alimentación y saneamiento básico.

El programa se amplía a las regiones metropolitanas donde pobreza, desempleo, exclusión y violencia crean situaciones de conflicto y desagregación social.

Hasta el final de mi gobierno más de 11 millones de familias pobres se incorporarán al Beca-Familia, totalizando casi 50 millones de personas. Nuestro objetivo es ampliar el acceso de esas familias a políticas públicas que les permitan romper el círculo vicioso de la miseria y no depender más de la asistencia del Estado.

Para ello pusimos en práctica, entre otros, programas de microcrédito y la financiación más grande para la agricultura familiar que Brasil ya tuvo.

También estamos eliminando el analfabetismo. Estas y otras iniciativas promueven la justicia social y ayudan al crecimiento sostenido. Más que eso, forjan ciudadanía. La lucha contra la exclusión y la desigualdad, repito, no es apenas consecuencia del crecimiento, pero sí su punto esencial.

Los programas sociales han aumentado los beneficios pero también subieron los compromisos y las responsabilidades de las familias asistidas. Cada familia tiene que cumplir en relación a sus hijos obligaciones en el campo de la salud y la educación.

Hago mención en subrayar este aspecto porque el acento en la participación comunitaria es fundamental en esta estrategia del fortalecimiento de la sociedad civil con participación democrática cada vez mayor en la definición y en el control de las políticas públicas, posibilitará el surgimiento de sociedades más democráticas y menos vulnerables a la corrupción, al clientelismo o a la dependencia.

Señores presidentes: la integración hemisférica debe ocurrir por el camino del diálogo político y de la cooperación internacional para el desarrollo; tiene que eliminar situaciones de dependencia y compensar asimetrías.

El comercio internacional puede ser un poderoso inductor del desarrollo. Para tal debe ser justo y equilibrado, beneficiando a todos por igual.

Las negociaciones internacionales, comerciales o con organismos financieros tienen que preservar la capacidad de los estados nacionales, de formular políticas industriales, agrícolas, de ciencia y tecnología, sociales y ambientales.

Muchos de los conflictos y tensiones actuales provienen de un orden internacional donde la distribución de la riqueza mundial es injusta y faltan oportunidades para que los países más pobres se desarrollen. Recetas rígidas frustran el desarrollo de muchos países, aumentan sus trabas económicas y sociales y frecuentemente reproducen de manera ampliada la crisis macroeconómica que querían corregir.

Presidentes: concluyo reafirmando, el desarrollo social que anhelamos depende de la inversión, de los mecanismos de reproducción de la desigualdad en nuestras naciones. Ningún país hace una gran transformación como esas, sin un profundo cambio en la manera de actuar y de pensar de toda la sociedad, incluso de sus elites.

Propuse en Naciones Unidas medidas a favor de los que viven debajo de la línea de pobreza; subraye la responsabilidad de todos, sobre todo de los países ricos en esa tarea.

Con el Primer Ministro de India y el Presidente de Sudáfrica creamos un fondo para atraer contribuciones en ese esfuerzo mundial contra el hambre y el próximo día 30 estaré en Ginebra para, junto con el Presidente Chirac y el Secretario General de la ONU profundizar ideas e invitar a los líderes mundiales a comprometerse en este esfuerzo global.

Nuestros países que tienen tradición de solidaridad pueden y deben desarrollar programas de combate a la exclusión para reducir las desigualdades en el Continente. La experiencia histórica nos enseña que sin democracia económica y social no habrá democracia política.

En este siglo XXI tenemos la oportunidad de curar nuestras heridas históricas y recientes ofreciendo al mundo un valor que la opresión del pasado y las condiciones desiguales del presente insisten en sofocar.

Quiero aquí evocar un valor arraigado en nuestros pueblos y sin el cual es imposible construir un futuro de esperanza para todos. El valor de este valor todos ustedes lo saben, es: solidaridad.

Quiero acabar, Presidente Fox, diciendo a los presidentes aquí presentes, que transcurrido un año después de mi toma de posesión, estoy mucho más optimista hoy de lo que estaba en enero del año pasado cuando tomé posesión.

Estoy más optimista porque conseguimos recuperar la credibilidad de Brasil, conseguimos en siete meses hacer las reformas que parecían imposibles de ser realizadas de la seguridad social y la fiscal; estoy optimista porque ya estamos reduciendo las tasas de interés dentro de Brasil; estoy optimista porque aumentamos nuestras exportaciones, estoy optimista porque este año vamos a alcanzar un nuevo récord de la producción agrícola en Brasil, vamos a pasar de 122 millones de toneladas a 130 millones de toneladas de granos.

Estoy optimista porque tenemos más dinero para invertir en saneamiento básico, tenemos más dinero para invertir en habitación, tenemos más dinero del banco de desarrollo para financiar proyectos de desarrollo industrial y estoy optimista porque nuestra relación con América del Sur tal vez sea la mejor de toda nuestra historia y

porque en los próximos tres años, sin duda apenas estaremos consolidando al MERCOSUR con la participación de toda América del Sur y de países de América Latina, pero porque en los próximos tres años si Dios nos ayuda y si no hay ninguna crisis mayor, más grandes, vamos a consolidar la tan soñada integración física de toda América del Sur.

Muchas gracias.

- - - o0o - - -